

Cántico de media noche

Escribe: RAFAEL MAYA

De las figuras que acompañan al Niño Dios, estas de los pastores han sido siempre las más amables, las más populares y las más encantadoras de todas. Suponemos que aquella noche era muy fría, y que ellos, en torno a una hoguera improvisada, conversaban, envueltos en sus capas, atentos siempre al movimiento de las ovejas. ¿De qué conversaban? Sería de cosas inocentes, desde que los ángeles no tuvieron inconveniente en interrumpir su diálogo. Si su conversación hubiera sido frívola o pecaminosa, los alados mensajeros habrían buscado a otros hombres para comunicarles la buena nueva. Seguramente, calculaban la hora de la noche siguiendo el rumbo de alguna constelación a la que estaban habituados, o de algún lucero cuyo itinerario conocían, porque pastores viejos les habían enseñado a distinguirlo en medio de los demás astros. Ese frío tan intenso era el frío de la media noche, y esos fugaces resplandores que iluminaban, de vez en cuando, la atmósfera, eran reflejo de tempestades lejanas que se abatían sobre países para ellos desconocidos. Las casas de Belén asomaban en grupos, en medio de los cipreses que resistían a la nieve, y frecuentemente una luz movediza, alumbrando el hueco de una ventana, anunciaba que una familia había despertado o que alguien velaba, en oración, delante de alguna estrella parada sobre el jardín de la casa. Todo era calma soberana, calma infinita, calma desconocida en otros días. ¿Qué se preparaba en la tierra? El aire enmudecía, y se dijera que el universo entraba en una especie de éxtasis, que lo mismo cobijaba a la mariposa dormida sobre una rama, que a la luna llena, gozosa de reflejar su estupor en el fondo de las cisternas. ¿Qué se preparaba? ¿Qué iba a sobrevenir? ¿Qué acontecimiento se presentía entre las luces y las sombras de aquella noche singular, tan poco parecida a las otras noches? ¿No era aquello la víspera de un mundo nuevo? ¿Qué se preparaba?

De pronto lo supieron los pastores. No fueron ni las vírgenes ni los sabios, no fueron los pontífices ni los soldados, no fueron ni siquiera los magos que levantaban su barba hacia la altura los depositarios del secreto. Fueron los rudos e inocentes pastores. El candor del cielo se enlazaba con el candor de la tierra, y de esa comunión brotaba un cántico de media noche, que se dilataba por el espacio como una onda de claridad. ¿Qué significaba aquella palabra "paz" que descendía del éter, y cuando apenas la fría luna de invierno iba a ser testigo del divorcio de dos edades? La paz iba a ser el emblema de aquella edad nueva que parecía una flor

de nieve, desprendida del árbol rojo de la historia. La paz del hombre, la paz de los espíritus, la paz que los pastores habían recibido como mensaje, antes de encontrarla encarnada en cierta criatura divina, a quien adorarían momentos después.

Efectivamente, fueron al pesebre, como se les había indicado, y en honor de un niño a quien encontraron recostado sobre unas pajas, celebraron danzas y entonaron los cantos de sus montañas. Estaban también allí algunos animales domésticos que vertían su vaho caliente sobre el cuerpo desnudo de la criatura. La tierra se hacía presente, con belleza y exactitud, en sus personajes más auténticos, y por medio de sus atributos más candorosos, ante una vida que nacía en su seno mismo, como la flor de las tapias o el racimo de los cercados. Ni Pan ni Venus atrajeron a los seres naturales con tanta gracia como el niño de Belén. Y esta gracia dependía de que la divina criatura, según fue anunciado a los pastores, significaba la "paz". Sin embargo, su vida iba a ser una guerra continua. ¿Qué decía, entonces, esa palabra? ¿Cómo podía nacer la paz de la guerra misma? Pero es que la paz, no hay que olvidarlo, venía condicionada por la "buena voluntad", y eso es lo que siempre ha faltado al hombre a su paso por la tierra. La paz, don divino, tenía un supuesto previo, que es don humano: la buena voluntad. Lo que Dios ofrecía con tanta magnanimidad, el hombre lo ha rechazado porque no ha querido cumplir con el segundo requisito. Misterio terrible, que es el nudo de la historia, y que solo se desatará en la plenitud de los tiempos cuando acaben las divergencias y todo sea reducido a la unidad.

Mientras tanto, atendamos, una vez más, a la escena del pesebre. Los pastores han regresado a sus puestos de guardia. El sol alumbra sobre la ciudad y comienza el movimiento de las mujeres hacia las fuentes que pueden congelarse dentro de algunos días. Algunas palomas vuelan sobre las ramas secas de los árboles y no hay sombra alguna sobre la tierra, fuera de la que proyectan los aleros de las casas y las torres de algunas fortalezas. Hay un sol implacable en un cielo límpidamente azul, que espejea sobre la nieve, produciendo reflejos azules que ciegan la vista. La historia ha dado un vuelco, pero la naturaleza continúa como siempre, y el hombre sigue envuelto en el misterio de las cosas, esclavo siempre de su ingénita miseria. Sin embargo, ese miserable pesebre que los pastores abandonaron por la mañana, divide en dos la corriente de los siglos. Contra esas pajas se despedazan los dioses de Homero, que ruedan como muñecos descabezados. Allí, entre la mula y el buey, respira el nuevo Orfeo, que ajustará a su lira la música del universo; allí alienta el insospechado Apolo, cuyas flechas entrarán en la eternidad; allí se mueve un Hércules novel, que colocará el eje de la tierra entre las manos del Padre y de la Virgen; allí levanta sus brazos un inédito Prometeo, que convertirá la roca del martirio en trono de su iglesia. Pero ahora no hay más que un infante desvalido, a quien sus padres procuran abrigar en aquella cruda estación de Belén, encendiendo astillas de madera, que producen más humo que lumbre.

Supongamos, ahora, que uno de los pastores tuvo la fortuna de reconocer más tarde a Jesucristo, por iluminación de lo alto, y que aceptó y

siguió su doctrina, y que un día, al regresar a su casa, ya bien entrada la tarde, y en el momento de rodear cierta eminencia del terreno para entrar en las calles de la ciudad, lo alcanza a ver, crucificado, entre dos ladrones. El pastor es ya hombre maduro, pero recuerda aquella noche en que los ángeles cantaban "paz" para celebrar el nacimiento de aquel que ahora sufre las torturas de la agonía. El pastor ya puede reflexionar por sí mismo. Sobrecogido de dolor y de espanto, pensará, sin duda, que ese amigo y pregonero de la paz, a quien tantas veces siguió por entre las espigas maduras, solo encontró guerra en el mundo, y que fue víctima de esa guerra porque a los hombres les faltó practicar el complemento de su mensaje. Desesperado levantará los ojos hacia lo alto y pensará, por fin, que solo el cielo es, en último término, el reino inalterable y dichoso de la "buena voluntad".